

(02061)

Jaleo en el Instituto

—Una semana de infarto (1ª parte)—

Don Faustino se había levantado de muy buen humor. Daba comienzo una semana en la que se avecinaban interesantes expectativas. Hacía un mes -por fin- un traumatólogo de la Seguridad Social le había solicitado una resonancia magnética para diagnosticar con precisión qué demonios tenía en la rodilla izquierda. El magnífico evento iba a ocurrir el viernes. Matute le había comentado las bondades de un coche bueno, bonito y barato que acababa de entrarle en el taller y cuyo dueño deseaba vender con urgencia. Aquello era una ganga que quizás debería aprovechar pues su actual bólido, artrósico perdido, ya no podía ni con los neumáticos. Ahora que se acercaba el final del segundo trimestre escolar ya comenzaban a aflorar en la chiquillería que soportaba su docencia algunos brotes verdes de sabiduría lingüística y educativa. Había costado lo suyo pero quien siembra con dedicación y esfuerzo casi siempre recoge los frutos deseados. Por si fuera poco, tras un fin de semana de intensa lluvia y frío, el sol lucía sonriente en un cielo azul impoluto. La semana empezaba cargada de optimismo, lo que no era habitual en el viejo profesor.

Tras un excelente desayuno en el Bar Manolo y un casi primaveral paseo camino del Instituto, Don Faustino inició su primera clase a las nueve en punto de la mañana. Llevaba empleados treinta minutos intentando despertar a sus alumnos (el lunes es un día en que muchos chavales acuden completamente adormilados) para convencerlos sobre la conveniencia de seguir determinados pasos previos a la hora de escribir cualquier texto o historia.

—La mayoría os ponéis a juntar letras sin pensar previamente sobre lo que queréis escribir.

—Pero profe —levantó la mano Martita, aunque no se sabe para qué porque inmediatamente empezó a hablar—, a mí me salen mejor las historias sin pensarlas antes. Yo soy de escritura automática.

—¿Y eso qué es? —preguntó Toni, un chaval de flequillo largo y cerebro corto.

—¿Se lo digo, profe? —Martita volvió a levantar el brazo y a hablar sin esperar la venia de don Faustino— Es un tipo de escritura que no proviene de los estadios conscientes de la persona sino de los inconscientes.

—Pues no me he enterado de *ná*... —replicó el Toni, encogiéndose de hombros y provocando la risa generalizada de toda la clase, con lo cual acabaron por despertarse los últimos que aún permanecían en sueños—. Sí, vosotros reiros pero estáis igual que yo, no entendéis ni *papa*...

—Te lo diré más fácil —nuevamente tomó las riendas la joven genio del aula, mientras don Faustino asistía divertido al diálogo entre aquellos dos adolescentes tan opuestos en el plano intelectual—. Tú coges el lápiz o el bolígrafo y empiezas a escribir sin pensar ni razonar conscientemente. Vamos, como si estuvieras en sueños o de botellón. Entonces dejas que tus pensamientos e ideas vayan fluyendo lentamente, con entera libertad. Y tal como salen de tu yo interior medio atontado los plasmas en el papel. ¡La cosa es muy fácil!

—Déjalo, Marta —el profesor quiso zanjar el asunto antes de que fuese a mayores pues la cara de Toni era todo un poema—. Tu harás toda la escritura automática que quieras y te saldrán bellas y coloristas historias, pero el resto de la tropa, incluyéndome a mí, somos gente a la que le cuesta contar cosas por escrito con lógica y precisión, así que no tenemos más remedio que seguir ciertas pautas o normas a la hora de redactar, de inventar historias. A ti tampoco te vendría mal el seguirlas de vez en cuando porque el inconsciente es muy cotilla y a veces saca al exterior cosas raras o no convenientes. Así que, recordad, zagales: antes de poner nada en el papel hay que darle al coco y pensar sobre lo que vamos o queremos escribir. Y cuando eso lo tengamos hecho, el siguiente paso será organizarlo según un esquema ya establecido desde los tiempos de Blancanieves y los siete enanitos: presentación, nudo y desenlace.

Martita hizo ademán de levantar otra vez la mano pero la mirada conciliadora de don Faustino obró el milagro de que la bajase.

—Aunque tengamos facilidad para la improvisación o para dar salida rápida al subconsciente, va de suyo este plan: primero pensar, luego secuenciar y finalmente escribir. Las personas somos seres racionales y no podemos...

No era precisamente algo racional lo que empezó a escucharse en la clase. Los gritos y alaridos provenían del pasillo. Un guirigay de voces hacía imposible adivinar qué demonios ocurría allí fuera pero aquello no presagiaba nada bueno.

—¡Te voy a matar, maestro de mierda! ¡Te voy a rajar de arriba abajo!

—¡Cállese, por favor! ¡Eso no son modales ni formas!

—¡Cuidado, tiene una navaja!

—¡Que alguien llame a la policía!

La chavalería de don Faustino se quedó atónita. El silencio dentro del aula se podía cortar como si fuera un trozo de queso. El jaleo y los gritos del pasillo llegaban ahora con mayor nitidez y fuerza.

—¡Por su culpa mi hijo está en el hospital, maldita sea!

—¡Lo de ayer sabe bien que fue un accidente!

—¡Agárralo, por el amor de dios!

—¡No puedo, Belmonte!

Recuperado de la sorpresa, don Faustino se hizo cargo de la situación. En cuestión de segundos su cerebro estuvo dudando entre permanecer dentro de la clase, resguardado en la comodidad de algo que le era ajeno, o salir al pasillo para intentar evitar algún hecho irreparable. Sólo fueron unos segundos de duda pero hay situaciones en que uno no puede permanecer impasible, parapetado tras una puerta.

—Voy a salir a ver qué pasa. Toni, apunta en la pizarra a todo el que mueva un músculo. Vuelvo enseguida.

Cuando salió al pasillo y cerró la puerta del aula tras de sí, la imagen que se encontró era más grave de lo que había imaginado. Atrapado en el fondo del pasillo, Carlos, el joven profesor de gimnasia, trataba de evitar las embestidas de un energúmeno que intentaba pincharle con una gran navaja. Cecilio y Belmonte, el jefe de estudios y el director del Instituto, hacían vanos esfuerzos por impedir la agresión. Una profesora gritaba fuera de sí mientras, con un pañuelo, intentaba taponar la hemorragia que una compañera suya, caída en el suelo, tenía en el brazo. Don Faustino se acercó por detrás a grandes zancadas pero en silencio. Aquel hombre estaba fuera de sí, enrabiado y furioso, lanzando a diestro y siniestro, sin mirar y sin miramiento alguno, sus largos brazos navaja en ristre. En uno de esos viajes rozó el pecho del profesor de gimnasia, acorralado como estaba entre la pared y aquel poseso. Cuando el agresor intentó repetir el golpe, esta vez con mayores probabilidades de éxito, don

Faustino le agarró fuertemente el brazo. El hombre se revolvió, sorprendido. A don Faustino se le heló la sangre. Aquella cara descompuesta le resultaba conocida. El hombre logró soltarse y, dándose la vuelta, elevó el brazo con la navaja en dirección al viejo profesor quién, sorprendido, se bamboleaba. En ese momento Carlos, que había quedado a las espaldas del agresor, se echó encima de éste, derribándolo.

—¡Sois unos hijos de...!

No pudo acabar la frase. El joven profesor de gimnasia le aplicó un golpe certero en el cuello y dejó sin conocimiento a aquel hombre tan fuera de sí. En esos momentos llegaba corriendo por el pasillo el primer agente de policía. A continuación llegaron varios más. Las cuatro aulas que daban a aquel pasillo donde había estado a punto de ocurrir una tragedia seguían cerradas a cal y canto.

—¿Sebas?

—¿Qué pasa, María?

—Te llamo porque algo gordo ha ocurrido hace una hora en el Instituto del Sergio.

—¡No me digas que le han aprobado el control de Matemáticas que hizo el otro día!

—No me seas cretino, Sebas. Te hablo de algo gordo. Una agresión a profesores.

—¡Coño!

—Dos han sido heridos, afortunadamente de poca importancia, pero la cosa ha podido ser muy grave de no ser por la intervención de don Faustino.

—¡Qué hombre, dios mío, está en todas las salsas!

—Como tú. —Se le notaba que estaba de todo menos tranquila—. Belmonte, el director, me ha llamado hace un rato para informarme en plan oficial. Estaba en la comisaría poniendo la denuncia pertinente. Muchas madres, sobre todo las de los niños de la ESO, en cuanto se han oído algo, han acudido a llevarse a sus críos. El Sergio me ha llamado diciendo que lo recojamos. No, no le pasa nada. Simplemente, es un cagón. Nos ha salido rana. Le he dado largas pero insiste. ¿Te ha llamado a ti también?

—Llevo el móvil apagado. Estoy probando a fondo un coche.

—Espero que sea verdad y no te haya pillado follándote a la Susana. Llámale...

—¿Pero qué coño dices?

—Perdona, estoy muy liada y quizás ya no sé lo que me digo. Llámale inmediatamente y quedas con él para recogerle lo más pronto que puedas. O sea, ya. Llévate al taller contigo hasta que sea la hora de comer. Nos veremos en casa esta tarde.

—A sus órdenes, mi comandante.

—Cretino... —La concejala de Cultura y Deporte del Ayuntamiento de Mospintoles, madre de Sergio y esposa de Sebastián Matute, colgó sin mediar más palabra. Al Sebas le había cabreado mucho el tono imperativo de María así como su insinuación respecto a la joven periodista. Se quedó pensativo y trocó el gesto fiero por una enigmática sonrisilla.

—Tirarme a Susana... Joder, pues no lo había pensado...

—No sé donde vamos a llegar, vecino. ¿Se ha *enterao* de lo que ha *ocurrío* hace un par de horas en el Instituto Fernando Orejuela?

—Yo ya me espero cualquier cosa. Están los tiempos en que lo único que apetece es morirse...

—No fastidie, no será para tanto...

—Se lo digo yo, un optimista de los pies a la cabeza... Pero cuente, cuente...

En aquel garito tan estrecho y oscuro –su nombre era todo un presagio: “Bar Sombra”- todas las orejas allí presentes se pusieron en posición de escucha. Ninguno de sus poseedores, gente currante en hora de café y bocadillo media mañanero, sabía nada.

—Serían las diez más o menos cuando pasaba yo por delante del Instituto y veo llegar a toda leche a dos coches de policía y una ambulancia. Se pararon en la

mismísima puerta. A uno de los guardias le vi que empuñaba una pistola así de larga... —Y extendiendo el brazo pareció mostrar una longitud más propia de un rifle—. Me quedé allí mirando, *escondío* detrás de un árbol cercano.

—Vecino, deje la literatura para más tarde y vaya al grano pues nos tiene en ascuas —era el camarero, quien también había pegado la oreja a la narración.

—No vi nada porque el árbol me tapaba. Sólo sé que unos cuantos minutos más tarde los polis llevaban *agarraos* a un hombre y una mujer. Sangraban en el pecho y el brazo, al tiempo que un hombre era sacado en camilla. El *pobrecico* no tenía buena pinta, no.

Habían transcurrido escasamente tres horas desde que ocurriera el jaleo en el Instituto y ya medio Mospintoles tenía noticias del mismo. Donde más opiniones variopintas circulaban era en el mercado de abastos, un viejo edificio del centro al que le urgía una renovación de los pies a la cabeza.

—Sí, señora. Una pareja de drogadictos, él un tío joven, musculoso, y ella algo más mayor, con pinta de señoritinga, han entrado en el Instituto y en la ventanilla han pedido todo el dinero de las actividades extraescolares. En esos momentos apareció por allí el director y empezó la fiesta. Vamos, que se armó la marimorena porque el tío llevaba un *navajón* tan largo como mi mano. Al final ha habido un profesor herido muy grave y dicen algunos que un par de niños han perdido el conocimiento al contemplar tan bochornoso espectáculo.

—¿Pero dónde vamos a llegar? ¡Es que ya ni siquiera están tranquilos nuestros hijos en el colegio!

—No será el suyo, señora, que lo tiene trabajando en Ciudad Real...

—Era un decir, mujer...

—El mío sí que estaba allí y en *cuantito* me he enterado he ido a buscarlo. Muchos padres y madres han hecho lo mismo.

—¿Y qué le ha dicho el suyo acerca de lo que ha pasado?

—Él dice que no se ha enterado de nada pero como preguntando se va a Inglaterra yo sí me he enterado de todo lo que ha pasado... Tiene usted razón, señora, ya ni en

el colegio ni con los profesores de hoy día están nuestros niños seguros. Menos mal que allí estaba don Faustino. A sus años y está hecho todo un Rambo.

—Discúlpeme, señor...

—Cañequé. Inspector Cañequé...

— Estoy muy nervioso. No entiendo nada. Desde ayer, cuando ocurrió el accidente, no duermo ni descanso, preocupado por la evolución del chaval. Y hoy ocurre lo del padre...

Era completamente cierto. Carlos, el joven profesor de gimnasia del Instituto Orejuela, estaba hecho un flan. No había querido recibir medicación alguna al ser reconocido médicamente en la ambulancia y ahora, en las dependencias policiales, los nervios los tenía a flor de piel. Cañequé esperó a que se tranquilizase, hablándole mientras tanto de la Liga de fútbol y de la Champions. Tras tomar una bebida refrescante que le habían traído y escuchar las disparatadas reflexiones del viejo policía, que le hicieron sonreír, Carlos se dispuso a continuar hablando sobre el asunto que le tenía allí.

—Si ya está más relajado me gustaría conocer su versión del accidente —le dijo el inspector.

—Ayer, en la clase de 4º de ESO, organicé una pequeña gincana. Una de las pruebas consistía en dar una voltereta sobre la colchoneta. Algo muy suave, para desacelerar el ritmo de los alumnos, algunos muy competitivos en este tipo de pruebas. Todo transcurría normalmente cuando Julio, uno de esos alumnos, muy fuerte físicamente y también muy indisciplinado, justo antes de llegar a la colchoneta se levantó para dar la voltereta... en el aire. —A Carlos se le quebró la voz—. Al caer al suelo lo hizo de mala manera. Varias chicas de la clase, que sólo participaban como espectadoras, empezaron a gritar. Cuando acudí el chaval estaba inconsciente. Fue una imprudencia suya... Jamás debió hacer lo que repetidas veces dije que estaba prohibido. La voltereta había que darla encima de la colchoneta.

—¿Vio usted el accidente?

—No, la actividad se realizaba en todo el patio y aunque podía ver claramente todo lo que sucedía, en ese momento estaba recriminando a otro alumno por hacer tonterías en otra prueba.

Crónicas (deportivas) de Mospintoles © Cogollo y Mirlitón

<http://www.mospintoles.com>

—Entonces ¿cómo sabe lo que realmente ocurrió?

—Me lo dijeron las alumnas que le he citado.

—¿Y qué pasó cuando usted acudió a donde estaba el chaval?

—Me asusté enormemente. Estaba sin sentido y aquellas niñas gritando empeoraban más la situación. Les pedí que fueran en busca del director y que se llamara inmediatamente a una ambulancia.

—¿Y qué pasó después?

—Le tomé el pulso al chaval. Me tranquilizó que lo tuviese algo acelerado. No quise que nadie lo tocara. La postura indicaba que debía haberse caído de cabeza o de cuello. Podía ser una cosa grave. Cuando llegó el director ya se había llamado a la ambulancia y ésta vino en pocos minutos. El padre del chaval no estaba localizado. Me dijeron que la madre del chico murió hará cosa de unos años. Me subí a la ambulancia para acompañar al chaval hasta el hospital.

—¿Qué le dijeron allí? ¿Llegó el padre?

—Estuve hora y media hasta que un médico muy amable me dijo que el chico había recobrado el conocimiento y que las primeras pruebas detectaban, al menos, un fuerte esguince cervical. Que había sido un milagro el que no se hubiera partido el cuello pero que todavía era pronto para vaticinar un diagnóstico preciso. Debía quedarse ingresado para realizarle un exhaustivo chequeo y para comprobar su evolución. Belmonte, el director, siempre estuvo informado por mi parte y llegó al hospital cuando pudo resolver todo el jaleo del Instituto, donde habían empezado a decirse las cosas más peregrinas y absurdas. Ya sabe... —el policía le interrumpió con gesto comprensivo.

—Sí, uno se lo cuenta a otro, éste a otro y la madeja cada vez se va haciendo más grande hasta hacer irreconocibles los hechos iniciales.

—Los médicos nos dijeron que nos fuéramos a casa, que allí ya nada pintábamos. El padre, por fin, había sido localizado y estaba de camino. Quisimos esperarle pero uno de ellos nos aconsejó que nos largáramos, que era lo más conveniente dado lo violento que había reaccionado por teléfono.

—Ah, por cierto, qué follón se ha *liao* en el Instituto hace unas horas, qué follón. Me cuentan que ha *habío* un muerto y *tó*...

El que hablaba lo hacía gesticulando con grandes aspavientos, como sí él mismo –en primera persona- hubiera asistido a la tragedia. Estaba en la cola de la ventanilla del Centro de Salud, esperando turno para que le dieran cita con el médico de cabecera. Era un viejecito encantador, de esos que –aburridos de tanto vivir- cuando te agarran por bandolera en una cola de lo que sea no dejan de contarte batallitas hasta que te largas con viento fresco y aire aburrido. La cosa, en este caso, merecía un poco de atención aunque su joven interlocutor creía que era una trola más de aquel simpático abuelete.

—Sí, hijo mío. El Eustaquio, mi compañero de petanca, pasaba en esos momentos por delante del Instituto y lo ha visto todo. Un alumno de los mayores ha *sacao* una navaja a don Faustino porque este le había llamado la atención. Esta juventud, hijo, que está *echá* a perder.

—Siga, siga, abuelo...

—Entonces ha *llegao* en esos momentos el señor director y le ha *largao* una bronca al mozo. Luego han *llegao* sus padres, avisados por el móvil, pues estaban por allí cerca y se ha *liao* una batalla campal entre varios profesores y ellos. Creo que el muerto es el padre y que a don Faustino se lo ha tenido que llevar una ambulancia pues estaba a punto de darle un infarto. Don Faustino, sabe, es el profesor más veterano del Instituto, y yo lo conozco mucho porque cuando estuvo hace años de concejal en el Ayuntamiento me ayudó cuando el casero estuvo a punto de echarme a la calle porque quería meter en mi piso *alquilao* a un primo suyo que había *regresao* de Francia, ¿sabe usted? Ah, Francia, Paris, la torre Eiffel... ¿Ha *estao* usted allí, mozuelo?

—No, yo sólo he estado en Soria...

—Pues yo estuve una vez por allí, cuando era un mozo de buen ver. Verá lo que me pasó un día...

El joven tuvo que tragarse el nuevo episodio del abuelete. ¡Qué remedio! Llevaba tres cuartos de hora haciendo cola y ya sólo había dos personas delante de él: un cura con sotana y el abuelo plasta. La salvación estaba cerca.

—Dios aprieta pero no ahoga...—le dijo el cura, picarón, cuando le dieron hora en la ventanilla y encaminaba sus pasos hacia la consulta.

—¿Cómo se encuentra, señor Remigio?

—Hasta que no cace a ese maestrucho de mierda no pararé, no me encontraré a gusto...

—No diga sandeces. Parece mentira que, en cierto modo, sea usted un representante de la autoridad. Un guardia de seguridad, creo...

—Eso no le importa a usted. Mi hijo está en este hospital desde ayer, en la Unidad de Cuidados Intensivos. Ha perdido varias veces el conocimiento. Los doctores aún no saben lo que tiene, a partir de un diagnóstico inicial demasiado alegre. Y ese profesor no puede salir de rositas de esta...

El inspector Cañequé tomaba notas en una pequeña libreta. El herido estaba tumbado en la cama hospitalaria. Portaba un collarín que le cubría todo el pescuezo y las manos las tenía esposadas.

—¿No ha pensado en ningún momento que el accidente de su hijo pudo deberse a una negligencia de éste y no del profesor?

— No es la primera vez. A principio de curso le tuvieron que enyesar por un esguince de tobillo que se hizo en la clase de gimnasia cuando jugaba a voleibol. Un deporte de maricas, me cago en diez. Se lo había dicho al tal Carlos. No quiero que mi hijo se lesione jugando a estupideces. El tipo me dijo que en su clase mandaba él y que todos los alumnos debían conocer y practicar otros deportes más allá del fútbol. ¡Será gilipollas! Julio, mi hijo, juega en el Rayo desde que era un crío. Es una gran promesa y nada ni nadie va a torcer el porvenir que le espera....

—Usted desvaría, permítame que se lo diga. Tiene fama de ultra en lo deportivo y en lo político. ¿También en lo personal? —El policía disparaba con balas y no precisamente de fogueo.

—Se está pasando de la raya, poli. Yo soy y pienso como me sale de las pelotas. Váyase. No pienso hablarle ni aún en presencia de mi abogado. Eso si no me da por mover tierra con Santiago para mandarle al infierno...

—Uy, qué miedo, Remigio... —El inspector Cañequé le hizo un corte de mangas, diose media vuelta y fuese por donde había entrado. Aquel tipo del collarín tenía

demasiados humos pero en esas cuestiones él era un auténtico maestro. Sacó un cigarro del paquete que llevaba en la chaqueta, se lo puso en la boca sin encenderlo y atravesó de tal guisa todo el hospital hasta que, ya en la calle, a la debida distancia, pudo encenderlo con enorme deleite. Había pasado del infierno a la gloria.

— Susana... —El jefe de redacción del programa puso cara de no haber roto un plato en su vida—. Quiero que te enteres sobre lo que ha ocurrido hoy en el Instituto. Esta noche los oyentes desearían escuchar qué es lo que realmente ha pasado.

—¿Y desde cuándo la novata del programa tiene que encargarse de asuntos tan graves? ¿Y qué pinta una noticia de sucesos en un programa deportivo?

—Eh, no te subas a la parra, muchacha. Ya sabemos que tienes buena mano con López y que tu cotización ha subido como la espuma en los últimos meses pero en “Radio Pelota” todavía soy yo quien corta el bacalao.

—Me quedan dos telediarios de estar aquí...

—Ingrata. Gracias al programa y, por supuesto, a tu buen hacer, la gente te conoce y tienes un buen futuro. Seamos sensatos, Susana. Yo ya estoy con los dos pies en la prejubilación. Tus camaradas de redacción, Nacho y Jacinto, son unos cantamañanas que nunca saldrán de pobres. Además, son mucho más feos que tú y no tienen tetas. Así que sólo tú eres capaz de enterarte de primera mano y de relatar con gran interés para la audiencia lo que hace unas horas ocurrió en el Instituto Fernando Orejuela.

Susana estaba incómoda con la intempestiva llamada del cabrón de su jefe. Quizás debía contarle a López que esa prejubilación era más necesaria que nunca. En todo caso, contaba los días en que dejaría atrás a aquel vejestorio y a sus dos inútiles colaboradores pero, mientras tanto, debía seguir tragándose la mala baba de aquel tipo. Sin embargo, que recurriera a ella para investigar asunto tan espinoso como el que se decía había ocurrido en el Instituto le agradaba por una parte pero le incomodaba por otra. Por eso objetó:

—No has contestado a mi pregunta: ¿qué demonios pinta en Radio Pelota un desagradable suceso tan ajeno al deporte?

—Soy un perro viejo en este oficio, querida, aunque no haya llegado muy lejos. Mira bien el cuadro. El Instituto donde estudió Piquito. El maestro que le dio clase, don

Faustino. Un chaval, gran promesa del Rayo juvenil, que está en un hospital jugándose un espléndido futuro. Un profesor de educación física joven e inexperto al que se le lesionan y encabritan demasiado sus alumnos. Un tal Remigio, conocido ultra futbolero y quién sabe si de más cosas, fundador reciente de una peña del Rayo que López no quiere ver ni en pintura. Encima el tipo trabaja para López. Un inspector de policía, íntegro pero muy especial, al que más de uno quisiera ver fuera de la circulación. Sólo falta que alguien meta a todos estos personajes en el cuadro, que los retrate con inteligencia y suya será la gloria. Es un asunto ideal para una joven periodista inteligente, ambiciosa y con unas enormes ganas de comerse el mundo, y lo que sea.

—Tú lo que quieres es hundirme. Ese cuadro que me sugieres está lleno de explosivos.

—Anda, mueve el culo y desactívalos con elegancia. El culebrón debe durar al menos toda la semana.

Susana miró fijamente al cornúpeta. Dios, lo estrangularía allí mismo, pero le daría tanto asco tocar su piel... Salió del despacho de espaldas, manteniendo la mirada asesina a aquel tipo que sólo destilaba envidia cochina. Ya en el pasillo, abrió una ventana. El sol primaveral le acarició la cara. Se relajó mirando al fondo de la calle. Dudaba. No sabía si continuaba rabiosa o empezaba a estar agradecida. Quizás dos cosas. ¿Se merecía aquel carcamal una buena torta porque le estaba tendiendo una encerrona con aquel caso del Instituto o, precisamente por eso, quizás ella era la única preparada para enfrentarlo y salir airosa? Demostraría a López que su metedura de pata en el caso Francis había sido una imprudencia de novata. En realidad, a quien le quedaban dos telediarios en la emisora era aquel vejstorio. Cerró la ventana y con paso firme empezó a bajar las escaleras. Sí, quizás mereciera la pena enfangarse hasta las tetas en esa rocambolesca historia paradesportiva... Por primera vez apareció una sonrisa en su carnosa boca: el puesto de jefa de la redacción de deportes lo tenía al alcance de la mano.